

RESEÑAS

MARTÍN-CABRERA, LUIS. *Radical Justice: Spain and the Southern Cone Beyond Market and State*. Lewisburg, PA: Bucknell UP, 2011. xiii + 255 pp.

*

Eduarne Portela

(Lehigh University)

En *Radical Justice: Spain and the Southern Cone Beyond Market and State*, Luis Martín-Cabrera presenta un ensayo de gran seriedad y rigurosidad intelectual, cualidades a veces ausentes en pocos estudios culturales sobre trauma y violencia política. A pesar de haber textos brillantes sobre el tema, y con los que dialoga Martín-Cabrera –véanse sus referencias a las obras de Cristina Moreiras-Menor, Nelly Richard, Idelber Avelar o Christian Gunderman, entre otros– la producción académica de la última década ha estado también plagada de estudios sobre las dictaduras argentina, chilena y española que se han estancado en un análisis repetitivo y poco productivo de bien la nostalgia, bien la melancolía, bien la imposibilidad de superar la experiencia traumática de la violencia política, creando así toda una estructura teórica y de interpretación que parecía condenar a la inmovilidad política a las sociedades atravesadas por el terrorismo de estado. El texto de Martín-Cabrera viene a romper esta postura de inmovilidad planteando una nueva forma de entender la producción cultural contemporánea que interpela al pasado traumático. Para ello nos invita a pensar en dos términos que forman el eje de su planteamiento político y teórico: el uso a su manera –una manera crítica y sugerente– del término “no-lugar” y la creación del concepto de “radical justice” que da título a la obra. Además de

desarrollar con detalle y exhaustividad toda una teoría interpretativa entorno a estos dos conceptos, Martín-Cabrera da un buen repaso a los hasta ahora más que problemáticos estudios transatlánticos poniendo al descubierto su lado oscuro, es decir, aquél que no solo acompaña al ímpetu neocolonizador desde España hacia Latinoamérica, sino que también promueve su neocolonización intelectual y cultural. Martín-Cabrera opone a esta ola de estudios transatlánticos una muy diferente concepción de los mismos: aquella basada en la historia común de la represión, la historia de la desaparición como práctica de aniquilación a las dos orillas del Atlántico y el estudio de sus huellas en nuestro presente.

El libro comienza con una introducción en la que se plantean las coordenadas históricas y teóricas del estudio. Las coordenadas históricas son las de las postdictaduras en Argentina, Chile y España, enfatizando el uso del “post” ya que es lo que señala las continuidades de las dictaduras en los regímenes transicionales y democráticos. Martín-Cabrera proporciona un detallado resumen crítico de las condiciones históricas entorno a la producción de memoria en las postdictaduras, la cual conllevará la perpetuación de la impunidad en los tres países y por tanto la ausencia de justicia efectiva. En este sentido, la introducción del concepto de “non-place” o “no lugar” es esencial en la construcción del armazón interpretativo del libro ya que es desde este espacio negativo que se ofrece una interpretación transnacional de memoria cultural alternativa que responde a las demandas de justicia por parte de las víctimas del terrorismo de estado. Mientras que el estado en estos tres países ha ido de potenciar la impunidad a obliterar la memoria de las víctimas y promover una memoria oficial, los productos culturales que elige Martín-Cabrera –novela neopolicial y cine documental– proponen un proyecto transnacional de construcción de memorias alternativas que van más allá de los parámetros establecidos tanto por el estado como por el mercado.

En su primer capítulo analítico “The Transatlantic Circulation of Terror: Reflections of the Paradoxes of Political Disappearance” Martín-Cabrera analiza la figura histórica de *Galíndez* tal y como la trata Manuel Vázquez-Montalbán en su obra homónima. Galíndez se convierte en el ejemplo paradigmático de las redes de terror que unen la historia de la represión de la guerra civil española y la posguerra con la de las dictaduras latinoamericanas (en este caso la de Rafael Leónidas Trujillo) y la participación de la CIA en esta represión hasta el momento presente de la narración, que es finales de los años 80. El análisis de esta obra permite al autor tratar el concepto del desaparecido como memoria espectral que no se puede contener dentro de los límites de la nación y cuyo estado liminal entre la vida y la muerte excede cualquier sentido de territorialidad y temporalidad. Según Martín-Cabrera el concepto del desaparecido en España, Chile y Argentina invita a pensar desde su negatividad radical en el no-lugar como punto de partida para comenzar a crear una red transnacional de solidaridad y desde ahí también repensar los estudios transatlánticos.

El segundo capítulo “The Politics of Melancholia: Hardboiled Fiction as a Parable of the State of Exception” es un análisis, desde la teoría política de Giorgio Agamben, de tres novelas negras que tienen que ver con la representación de las consecuencias del terrorismo de estado y la imposibilidad de completar el duelo por los desaparecidos: *Nadie sabe más que los muertos* de Ramón Díaz Eterovic, *Los mares del sur* de Manuel Vázquez-Montalbán, y *Una sombra ya pronto serás* de Osvaldo Soriano. Martín-Cabrera aporta un análisis muy sugerente de los tres detectives protagonistas, seres melancólicos que se presentan como síntoma de primero la perpetuación en democracia de un estado de excepción permanente y, segundo, la incapacidad del estado de hacer justicia para las víctimas de la represión y por tanto cerrar la herida del pasado; los detectives de las tres novelas, por el contrario, la dejan abierta. Y es ahí donde de nuevo,

como en esa negatividad radical del desaparecido, Martín-Cabrera ve la posibilidad de pensar un nuevo futuro, precisamente porque se deja abierta la posibilidad de una justicia-por-venir que esté más allá del estado y de su ley. Es decir, de encontrar una justicia radical que apele directamente a la necesidad de las víctimas.

En el capítulo 3, “Gazing at the Real: Trauma and Repetition in Contemporary Documentaries from Spain and the Southern Cone”, Martín-Cabrera analiza los documentales *El astuto mono Pinochet contra La Moneda de los cerdos* de Bettina Perut e Ivan Osnovikoff, *Santa Cruz... por ejemplo* de Gunter Schwaiger y Hermann Peseckas e *H.I.J.O.S. el alma en dos* de Carmen Guarini y Marcelo Céspedes. Haciendo un detallado análisis de la transmisión intergeneracional del trauma a partir de las teorías de Lacan, Deleuze y Guattari, y Davoine y Gaudillière, el autor arguye que estos documentales proponen una noción de justicia que va más allá de la retribución y relación familiar, de la ley y del estado. Es una noción que, de nuevo, trasciende múltiples coordenadas y que requiere un punto de vista analítico que también las trascienda y es aquí donde Martín-Cabrera vuelve a proponer el no-lugar como ese espacio dialéctico donde el deseo puede transformar la herencia traumática en una multiplicidad de intensidades que reclamen una justicia-por-venir.

En este sentido, el último capítulo, cuyo título pregunta “Toward a Model of Global Justice?” intenta amalgamar los conceptos de no-lugar y justicia radical en el contexto de la ley internacional de derechos humanos. Así, con *Radical Justice* Martín-Cabrera invita a “participate in a collective trajectory that seeks to wrestle with justice as an experience of the (im)possible” (227); el autor propone perseguir el deseo de justicia que nace de los momentos negativos analizados durante toda la obra –injusticia radical, perpetuación de la impunidad, imposibilidad de duelo, desidentificación con la nación que niega la justicia a sus ciudadanos, etc– al mismo

tiempo que potencia una interpretación en clave mesiánica, en el sentido benjaminiano, de las huellas del pasado, una interpretación que puede abrir el presente a la posibilidad de un futuro más justo (227).

El libro de Martín-Cabrera llega con contundencia, espíritu crítico y con un compromiso tanto político como intelectual con el que es imprescindible entrar en diálogo, se estén de acuerdo con todas sus tesis o no; es un texto arriesgado que posiblemente levantará mucho debate y tal vez algunas ampollas. Martín-Cabrera es capaz de combinar una vehemente imaginación política con un excelente manejo teórico y una gran capacidad de análisis cultural. Considero que este es un libro de lectura obligatoria para cualquier investigador interesado en la literatura, cultura e historia política y cultural de Argentina, Chile y España.

OBSERVATORIO METROPOLITANO. *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década*. Madrid: Traficantes de sueños, 2011, 139 pp.

*

Diana Eguía

(University of Pennsylvania)

Todo lector tiene el derecho de exigir de los libros, al menos, una pregunta y una respuesta sobre su realidad inmediata, sobre todo, en un contexto de intenso cambio social y económico como el de hoy. La librería-editorial madrileña Traficantes de Sueños lleva tiempo tratando de cubrir esta necesidad lectora secundando la apuesta por la cultura libre, por ello, presenta sus títulos bajo licencia Creative Commons con distribución online. Así es el caso del ensayo, *La crisis que viene* (<http://traficantes.net/index.php?editorial/catalogo/otras/La-crisis-que-viene>), un examen desde la economía, la historia y la militancia política al “actual fantasma que recorre Europa”: la crisis. Su autor, el nombre colectivo Observatorio Metropolitano, se mueve en la línea de otros grupos europeos de creación anónima conjunta, como el francés Tiqqun o el italiano Wu Ming, definiéndose a si mismo como “militantes e investigadores reunidos, en principio, en torno a algunas preguntas, muy simples de pronunciar, si bien francamente difíciles de responder”. El colectivo no mantiene relación con institución gubernamental alguna; producen, por tanto, un pensamiento ajeno a los tradicionales circuitos académicos o culturales. Sus seis trabajos publicados cumplen una función crítica notable en el estudio de la contemporaneidad española, aportando un espacio diferente de reflexión multidisciplinar en torno a las transformaciones urbanas recientes.

La crisis que viene sitúa su discurso en el actual escenario político español, donde la ausencia de debate en torno a las causas, consecuencias y soluciones alternativas al declive económico

han sido en general marginadas de los grandes foros de diálogo. En el país que machaconamente se ha insistido en dividir en dos, hoy todos parecen estar de acuerdo. Medios y partidos políticos mayoritarios de todo sesgo insisten sin más en el mismo mensaje: toca apretarse el cinturón, signifique esto lo que signifique. Consecuentemente, una parte considerable de la población se mueve entre el desconocimiento absoluto de cualquier explicación teórica que pudiera justificar el nuevo mensaje hegemónico, y el pánico provocado por el ininteligible nuevo léxico cotidiano: deuda, déficit, *rating*, prima de riesgo, rescate, agencias, nota, diferencial alemán. Fue el banquero Antonio Meló quien primero hizo notar este planteamiento mediático al equiparar el modo en que en los telediarios se cubren las noticias financieras con el espacio dedicado a la información meteorológica, es decir, para los periodistas ambos parecen quedar ajenos a la voluntad del hombre. El Observatorio Metropolitano desafía esta posición: “Lo que veremos en las siguientes páginas es precisamente que las explicaciones y recetas que hoy se aplican a la crisis son en realidad afirmaciones ideológicas” (p. 27).

El ensayo reta desde el índice los lugares comunes de la crisis: “la economía obedece a leyes propias”, “si los empresarios no obtienen suficientes beneficios no se genera empleo”, “el empleo es demasiado caro”, “hay que transmitir calma a los mercados y reducir lo antes posible el déficit público”; para sugerirle al lector otros enunciados de naturaleza bien diferente: “la guerra entre pobres”, “el miedo y el gobierno de las pasiones”; “el fin del espejismo de la clase media”, “los derechos sociales en situación terminal”; “la crisis de la representación”. El texto desarticula estas y otras extendidas creencias sin renunciar a la claridad propia del que busca hacerse llegar al mayor número de receptores. Durante la primera parte del volumen, el ensayo mueve a cuestionar grandes mitos fundacionales del capitalismo, entre ellos, su naturaleza autorreguladora o el supuesto carácter cíclico de las

recesiones. No es un libro dirigido a economistas ni expertos en mercados, sin embargo, su trabajo no teme enfrentar a fondo complejos conceptos de la disciplina.

Posteriormente, la obra trata de esclarecer los puntos básicos de la fase actual del capitalismo, donde el beneficio empresarial no se basa en la producción industrial de bienes de consumo, como pudiera pensar un lector profano, sino en la plusvalía financiera. Entender el ejercicio de los mercados es fundamental para explicarse los dos conceptos centrales del sistema hoy: deuda y riqueza. Pero el grupo maneja estas nociones desde el punto de vista de su impacto social, no solo desde su análisis teórico. Lo interesante aquí para una comprensión general es observar cómo las economías domésticas basan el crecimiento de sus rentas en operaciones financieras, por ejemplo, al calcular beneficios futuros sobre el valor de una hipotecada. Todo ello en un periodo marcado por la congelación de los salarios, fruto de la aplicación de la política neoliberal, globalmente extendida durante el mandato Regan-Tatcher, cuyos pasos se rastrean cuidadosamente.

Del contexto de las políticas mundiales y europeas a la particularidad del caso español. El colectivo disecciona el modo de proceder de la economía nacional, mayoritariamente basada en sectores no exportables. Sorprende averiguar como, entre los años 1995 y 2007, España aumentó su consumo en un 90% al tiempo que los salarios descendían un 10%. Solamente a través del acceso en masa al crédito y a las burbujas financieras pueden entenderse estas cifras. España copó su crecimiento convirtiendo en regla lo que en la mayoría de los países de la UE constituyó una anomalía: el boom inmobiliario. ¿Por qué cuajó tanto y tan bien el ladrillo? El grupo bucea en el pensamiento político anterior y recupera para su investigación el lema del primer franquismo “un país de propietarios, no de proletarios”. La vivienda en propiedad supone algo más que un bien de consumo para las familias, en ella reside el 80% de su riqueza nominal y, además, ella y no otra cosa encarna el motor de la inclusión social. Para un español, el domicilio en propiedad o la ausencia del mismo delimita la frontera entre la

clase media y la baja con independencia del salario, cuya cantidad no superaba los 800 euros mensuales para el 40% en el momento de redacción del volumen.

Comprendidos los antecedentes al estallido de la crisis y el funcionamiento del sistema financiero, el texto nos procura un análisis de su gestión. Tras los sucesivos rescates a la banca, los dirigentes parecen haber rechazado toda solución que pase por el keynesianismo. En opinión del Observatorio Metropolitano, con esta decisión, los gobiernos estarían priorizando el pago de los intereses de la deuda financiera sobre los de su población. Se habría dado así lugar a un provechoso mercado especulativo -muy especialmente, en torno a la deuda pública de los países del euro-; negocio alimentado por las agencias de rating y la pasividad de los responsables políticos. “De hecho, la crisis de la deuda europea se puede considerar como una inteligente operación encubierta de rescate del sector financiero a costa, en este caso, de las poblaciones de un buen número de países” (p. 55).

Decepcionaría al lector cerrar este ensayo sin una o varias respuestas, sin alternativas posibles al modo en que transcurre la misma realidad que se ha tratado de interpretar. *La crisis que viene* no finaliza su tarea de análisis sin brindarnos algunas de ellas, siempre relacionadas con el reparto de la riqueza y no con el pleno empleo, eterna promesa que juzgan del todo imposible en el vigente sistema financiero.

La pregunta por el común: trazar genealogías para pensar el presente. Una reseña de *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión*, de Silvia L. Gil

*

Ana Sánchez Llorca

(Universidad Complutense de Madrid)

En los primeros días de la acampada que tuvo lugar entre mayo y junio de 2011 en la Puerta del Sol de Madrid, algunas personas de las que acudíamos allí nos quedábamos a veces en los márgenes de la plaza, mirando lo que estaba sucediendo. Estaba pasando, y seguiría pasando independientemente de donde te colocases, del tiempo que estuvieses, esa era la sensación. Era algo diferente que merecía la pena ser mirado, tratado y vivido de forma distinta. Pensar de dónde venían algunas cosas al tiempo que reconocer los cambios eran las preguntas que nos rondaban. En ese cruzarse y mirar colectivamente emocionadas, y comentar y hacer análisis rápidos, algunas personas (feministas) veíamos, entre otras cosas, mucho feminismo en el arranque de este movimiento; digamos por ejemplo, en la forma de estar en la calle, en el deseo y el empeño de estar juntas sin ser iguales, en la atención al cuidado y el bienestar como base de la acción colectiva. No sentíamos, sin embargo, la necesidad de nombrarlo como tal. Pero al igual que el resto de cuestiones inaplazables, el feminismo se enunció en las primeras horas de la movilización, explicitándose en ese momento la incompreensión generalizada ante el mismo y la necesidad de trabajar sobre ello (sabia y pedagógicamente abordado desde la comisión que se constituyó entonces para ello). Esa realidad, tanto la del movimiento que se conforma a partir de aquel acontecimiento como el contexto político en el que se inscribe, ha cambiado en estos meses y la complejidad de su devenir plantea nuevos retos y tensiones. No abro estas líneas para hablar

de feminismo en el 15-M, tampoco de feministas, sino precisamente para superar esa primera barrera de aproximación a un texto que nos da muchas más claves sobre cosas que nos pasan de lo que la palabra feminismo sigue connotando para muchos actualmente. Sería tema de otra reflexión (profunda, difícil, interesante y necesaria) desentrañar y comprender por qué la palabra feminismo (o feminismos) genera tanta aversión, tanto rechazo o, cuanto menos, distancia o desinterés¹, pero lo cierto es que de lo que se trata aquí es de hablar de crisis, de crítica social y memoria colectiva, de construcción de nuevos comunes, de precariedad (como forma de vida normalizada bajo el tardocapitalismo), de identidades, de dispersión social..., y lo vamos a hacer porque hay un libro que se llama *Nuevos feminismos* que habla de todo ello y de las preguntas que se abren en las nuevas formas de acción colectiva y desde el malestar social.

Empezaba diciendo que algunas (incluida la autora del libro) veíamos feminismo en Sol, lo veíamos en la

1 A este respecto habla Monserrat Galcerán Huguet en el texto “Presencia de los feminismos en la Puerta del Sol madrileña” en la revista *Youkali*, núm. 12, páginas 31-36, 2011: *A pesar de nuestros esfuerzos, los feminismos siguen percibiéndose como una fuerza disgregadora sin comprender de nuevo que la unidad debe forjarse y que no está presupuesta, mucho menos en sociedades realmente individualizadas y disgregadas, como las actuales, ya no por cuestiones de género, sino por todo tipo de diferencias exageradamente infladas por la competitividad del sistema económico contemporáneo.*

atención que se ponía en el terreno micropolítico del proceso (el lenguaje inclusivo, la forma de tomar la palabra, el cuidado del ambiente, la participación paritaria...) y en la disolución de identidades de lucha, de sujeto unitario, de incorporación de la diferencia.

Las formas de hacer política, y la sociedad en su conjunto, han cambiado (lo que no significa que

hayan desaparecido formas anteriores) fruto de múltiples transformaciones sociales, muchas de ellas influenciadas por largas trayectorias políticas (también por algunos acontecimientos históricos); ocurre que parte de esas transformaciones en los modos de hacer son fruto de la influencia feminista en la política y la sociedad, influencia no reconocida, pero incuestionable. Un reconocimiento que está pendiente, pero un calado que es real, palpable.

La filología, la historia, la sociología, la ciencia... construyen el mundo que habitamos. Narrar y documentar unos u otros procesos, y las normas por los que se rigen, es construir una historiografía que da entidad a unas u otras formas de interpretar el mundo. El ejercicio de reconstruir una genealogía del movimiento feminista de las últimas décadas (que no invalida hacer el mismo ejercicio desde muchas otras ópticas) es hacer una exploración de las posibilidades de reconstruir nuevos comunes, cuestión fundamental para entender, interpretar y repensar nuestro tiempo y las categorías con las que lo hacemos. Conocer el pasado para entender el presente, pero también mapear la realidad compleja de la mercantilización de todos los aspectos de la vida para poder reapropiarse de ella.

Cuando ese momento mágico de expresión social de mediados de mayo de 2011 se diluye (se disemina, se extiende, se descentraliza), aparecen también algunas amenazas, y entonces los sentidos que rigen el devenir del movimiento entran en diáspora. El 15-M nace de la intuición de “un algo común”, que da sentido al estar juntas, intuición que hay que atender y nombrar para que no desaparezca en la tensión entre las diferencias y las desigualdades, la identidad y el reconocimiento de ese común.

La plaza nos permitió crear un espacio para todas; ese espacio abre entonces preguntas y retos para los nuevos modos de hacer, crea un desplazamiento en el lugar de enunciación que debe ser interpelado de forma constante para que sea incluyente y pueda reinventarse desde las prácticas y

los problemas compartidos. Lo común no se construye entonces desde una ausencia (de diferencias) o como un a priori, sino más bien, desde una construcción, una afectación mutua, capaz de tramarse y construir lazo social de forma incesante². Esa política del cualquiera o el concepto del 99% (como concepto cualitativo) abre un escenario complejo y rico con muchos retos. Las preguntas entonces tiene que ver con: ¿cómo se construye la identidad colectiva?, ¿qué tipo de política es posible sin un sujeto unitario?, ¿cuáles son los elementos de identificación con un común que nos haga comprometernos con ello y perdurar?, ¿cómo estar juntas sin hacerlo en base a identidades excluyentes?, ¿cómo se construye la autonomía colectiva frente a la amenaza permanente de la soledad, el miedo, la precarización de la vida y el destejido social?, ¿cuáles son los elementos de afectación,

2 Como señala Franco Ingrassia, si la dispersión es la condición de partida de la socialidad contemporánea, entonces los procesos de autoorganización requieren que ésta sea continuamente producida y los vínculos “reensamblados” frente al efecto dispersivo de la operatoria mercantil. pensarenladispersión.files.wordpress.com/2010/11/autoog.doc

de identificación (no identitaria) en ese común?

(El contexto) En 2011 se quiebra la idea de crisis como un periodo pasajero, un bache que hay que superar: la idea de que la vida no es sostenible bajo este modelo empieza a cobrar centralidad. Algo ha cambiado irremediable, y a veces dolorosamente, ¿pero qué?, ¿y cómo afrontarlo? Se abren entonces imaginarios, escenarios y lenguajes sensibles a la precariedad de la vida como condición de existencia bajo la forma capitalista: la individualidad, la soledad, la precariedad afectiva, el desierto de proyectos colectivos, la ausencia de memoria y continuidad, la falta de tiempo y de espacios propios para el pensamiento y lo relacional. La ausencia de sentido. Estamos viviendo en la dispersión, donde ya no hay piezas que reconstruir, donde nada

asienta. Al tiempo, la perspectiva de futuro de muchas personas se quiebra, se evidencia impracticable.

Hay una forma hegemónica de narrar la realidad, una forma basada en el individualismo, frente a la cual la idea de construir sentidos comunes en la dispersión parte de la idea de construir narraciones colectivas, recuperar memorias propias y recuperar la potencia política de conceptos como autonomía, diferencia, deseo, o cuidados. Eso nos propone Silvia en su libro, buscar sentido a lo político en un contexto de expropiación de la vida por el capital y de cambio de paradigma en la movilización social (la forma “movimientos sociales” es desbordada por las nuevas expresiones sociales que inundan el desierto de la última década).

En este contexto, incluídas las transformaciones anteriores al 15m y siendo el libro anterior a éste, su sentido y vinculación es doble: Por un lado, la necesidad de reconstruir una genealogía de prácticas feministas, una memoria que da cuenta del calado del feminismo, entendido como corriente histórica de acción política, en las nuevas formas de organización social y política, en un ejercicio de desplazamiento de la indagación en torno al sujeto hacia prácticas de lo común. Por otro, da claves para pensar en muchos de los retos que el nuevo escenario de crisis, soledad y dispersión, pero también de nuevas agregaciones sociales, abre actualmente para pensar la resistencia a la precarización de la vida bajo el mandato neoliberal (heteropatriarcal) al mismo tiempo que la potencia de la construcción de redes alternativas de gestión de lo común y de interrelación de la existencia.

(Autonomía, diferencia, deseo y cuidado: cuatro categorías resbaladizas.) El término autonomía remite socialmente a un sentido de independencia y autosuficiencia siempre individualista y siempre en permanente aislamiento o conexión utilitaria en el sistema-red, desde los trabajadores autónomos a la oposición hacia el concepto de “persona dependiente”. Pero el concepto de

autonomía también ha significado desde los años setenta la capacidad de reapropiación colectiva (de espacios, de recursos, de gestión de la vida y las relaciones) a través de la cooperación más o menos al margen del sistema de dominación capitalista y heteropatriarcal. Fundamental resulta entonces, atender al hecho de que las condiciones para que dicha autonomía sea posible deben ser construidas: en tanto en cuanto las formas de dominación y poder atraviesan nuestra subjetividad, y en tanto en cuanto las condiciones materiales de vida permiten unas u otras formas de reapropiación y construcción de lazo social. La paradoja de este doble sentido (el deseo de una vida en común al margen del poder, y una forma de independencia que niega toda dimensión común de la existencia) hace necesario pensar que la autonomía no surge solo por oposición, sino desde la premisa de que “una vida sin los otros es insostenible”; partiendo de aquí, empiezan a entrar en crisis aquellos modelos (tanto normativos como de oposición) que no pongan en el centro la necesidad de desentrañar los complejos entramados de identidad, subjetividad, poder e interdependencia que atraviesan toda existencia. Autonomía en este sentido supone un “vaciado”, un apartamiento del modelo económico para abrir nuevos espacios a lo sensible³.

Y este terreno de lo sensible nos interpela también sobre las formas de agregación social, de compromiso político, de diferencia y de deseo. Cuando las viejas formas de organización política entran en crisis, la dimensión micropolítica⁴ se pone en el centro: dónde y de qué manera reproducimos relaciones de poder, qué rupturas resultan liberadoras y en qué momento son susceptibles de ser reapropiadas por las formas de subjetivación dominante, cuáles son las relaciones complejas entre deseo y compromiso o qué diferencias y rupturas son funcionales a la dinámica de flexibilización, fragmentación y globalización de las desigualdades del capitalismo tardío. La autonomía ha de entenderse entonces como interrelación.

Algo similar ocurre con el deseo como herramienta política: se trata de pensar en los propios

límites de éste (su carácter ambivalente y su relación con el poder) y si pueden estos límites incorporarse a la experiencia política. El deseo, más que un a priori positivo de movilización, es una interpelación a la experiencia de vida, que incluye también los aspectos negativos de esta, los afectos tristes o la enfermedad. El deseo, como deseo de transformación, contiene también un malestar, y la fragilidad de la vida forma entonces parte de ese motor para las nuevas movilizaciones. Nos encontramos con el reto de indagar las formas de agregación y compromiso social no basadas en sujetos unitarios de lucha, tampoco encerradas en prácticas simbólico-políticas que solo pueden expresarse en forma de alegría, limitando el compromiso político únicamente a determinadas situaciones idealizadas, que se extinguen cuando esa realidad cambia, cuando se encarna en los formas frágiles de la existencia humana. El compromiso se construye entonces, sobre la capacidad de afectación mutua, de hacerse (junto) *con* el otro.

3 En este sentido habla Franco Berardi, *Bifo*, del sentido de la autonomía en una entrevista realizada por Amador Fernández Savater publicada en el diario *Público*: *Durante los últimos diez años, la precarización general de la vida no solo ha fragmentado el tiempo de vida y reducido el salario, sino que sobre todo ha instalado en la vida social el dominio del espíritu competitivo, con sus consecuencias de agresividad, aislamiento y soledad en las personas, sobre todo entre los jóvenes. Los efectos sobre la sensibilidad han sido devastadores y están a la vista de todos: depresión de masas, crisis de pánico, enfermedades del vacío, etc. Esa des-empatía generalizada explica el actual “sálvese quien pueda” ante la crisis.*

Me temo que la catástrofe presente no tiene ninguna solución, la barbarie es el nuevo orden social europeo. Eso no se puede cambiar, ya solo podemos desertar. Tenemos que olvidar la palabra democracia, porque no hay ninguna posibilidad de restaurarla, y en su lugar escribir la palabra autonomía. Autonomía de las fuerzas de la producción técnica, cultural, creativa: lo que

yo llamo “cognitariado”. *Autonomía significa abandono y vaciamiento del imaginario y los lugares del trabajo, el consumo, la competencia, la acumulación y el crecimiento. Y la creación de un nuevo espacio mental y social separado definitivamente del económico. Ese es para mí el sentido profundo al que apuntan las primeras movilizaciones contra la crisis en Europa (Londres, Roma, etc.).*

4 Entendamos micropolítica, en palabras de Guattari, como *la forma en la que reproducimos o no los modos de subjetivación dominante*. Guattari F. Rolnik S. *Micropolíticas. Cartografías del deseo*. TdS 2006

Resulta, por último, necesario detenerse en el concepto de cuidado, por ser un término especialmente ambiguo y problemático, como ocurre en muchas ocasiones con la concepción (y reapropiación) de la autonomía o el deseo. En este caso existe el peligro de interpretar los cuidados en clave de precarización de la vida bajo situaciones de crisis del capitalismo. En este sentido, los cuidados se entenderían como el servicio gratuito desempeñado fundamentalmente por mujeres en situación de ausencia de recursos públicos ante cambios estructurales como es el envejecimiento de la población y el aumento de la población dependiente. De modo que una segregación social por renta hará que dicha función pueda ser costeadada por las clases altas (en forma de asistencia doméstica) o cubierta por la figura tradicional de ama de casa (en casos de rentas más bajas).

Pero aquí no hablamos de cuidados en ese sentido, sino en otros; digamos, al menos, dos: una necesidad social básica, y un artefacto de lucha. Existe una tensión permanente entre los grandes relatos de la historia (podríamos decir del capitalismo) y los enunciados de resistencia: por un lado, estaría la crisis como realidad impersonal, indescifrable y azarosa (y su correlato con la “trascendencia” del modelo de vida autónoma, de escalada social, masculina y heterosexual bajo

el capitalismo), y por otro, la crítica a sus causas y consecuencias, al modelo de vida que impone (la “inmanencia” de la vida cotidiana, su gestión y reproducción, las relaciones sociales, el goce y la enfermedad). La apuesta por los cuidados como artefacto de lucha tiene que ver con evidenciar esa tensión, con la insostenibilidad de un modelo económico que antepone el beneficio a las personas: los cuidados tendrían que ver con esto, con poner a la comunidad y al derecho a una vida digna por encima del mercado, es decir, subvertir el orden de las cosas; esa potencia del concepto de cuidado es la que interesa rescatar. Sin embargo, cuidar es una palabra demasiado connotada y resulta muy problemática de aceptar, como si supusiese una rémora a las posibilidades de transformación de un movimiento.

Sin duda, el concepto es problemático, pero precisamente por ello está cargado de posibilidades, pone en cuestión no solo el orden de cosas, el poder disciplinario de la norma político-económica, sino también los imaginarios colectivos con los que construimos resistencias (a veces coherentes con ese orden). Podemos entonces pensar que cuidar la vida en su faceta de goce, pero también de enfermedad, es decir que no queremos someter nuestra existencia a los dictados del mercado, es decir que todas las vidas importan más allá de sus capacidades productivas, es entender el cuidado como éxodo.

La hipótesis de partida es entonces que no hay vida posible sin una dimensión común de la experiencia. El fuerte cambio de paradigma que ha supuesto el despertar de las movilizaciones desde mayo de 2011, la ruptura de un desierto político (no por falta de iniciativas, sino más bien por la imposibilidad de romper el aislamiento, de construir un nuevo referente cultural, de modos de hacer, que trascendiese los círculos militantes y se abriera a nuevas formas de afectación,), la posibilidad de construir lazo social donde parecía que solo había desconexión, permite que algo haga “crac” (hacer crac es el título de una canción y una declaración de intenciones de fundación

Robo5, una de esas iniciativas, en este caso musical, que muestran esa emergencia de modos *otros* de producir y de nuevos discursos culturales). Si algo ha ocurrido en el último año es la posibilidad de vislumbrar un cambio de paradigma cultural: una emergencia de iniciativas se van tejiendo orientadas fundamentalmente por la intuición de otros modos de hacer, desde redes de producción y consumo, a expresiones artísticas, proyectos copyleft, redes de apoyo en torno a la vivienda, los servicios o el trabajo precario. Cuando los cuidados, el sentido de interdependencia de la vida, ponen en cuestión el orden establecido de la existencia (el creernos individuos libres y autónomos bajo los dictados del mercado), cuando de pronto podemos mirar atrás y reconocernos en genealogías que antes nos eran ajenas, (re)construir un común en otros tiempos insólito, ver lo que antes quedaba oculto, marginado, y entendemos la cooperación como modo de relación y la interdependencia como característica de la vida, estamos creando sentidos comunes en la dispersión, potencia colectiva de transformación.

5 <http://www.fundacionrobo.org/>